



LA RECTITUD, EL CAMINO PARA ALCANZAR UNA SOCIEDAD JUSTA

El pago de coimas como método para acceder a contratos públicos le resta efectividad a la inversión social. Actuar con virtud, como lo expone Aristóteles, es la fórmula de un proceder sin tacha.

Valor

PERSEVERANCIA



Dice Aristóteles en Moral a Nicómaco que es absurdo tener que esperar al final de los días para determinar si una persona fue dichosa y no poderlo definir en el momento en el que realmente está siendo feliz, pues el temor a los reveses que pueda traerle la vida le impide vivir a plenitud ese sentimiento. Sin embargo, precisa que no son las fortunas o desgracias a las que obedece la dicha del ser humano, sino que esta se encuentra en su proceder. “No hay nada en las cosas humanas que sea constante y seguro hasta el punto que lo son los actos y la práctica de la virtud”, expone. Así pues, se define a la perseverancia como el camino que guiará a la persona por la senda del bien vivir: “La perseverancia que buscamos es la del hombre dichoso; él la conservará durante toda su vida y sólo practicará y tomará en cuenta lo que conforma con la virtud”.

Antivalor

SOBORNO

De acuerdo con la quinta Encuesta nacional sobre prácticas contra el soborno en empresas colombianas, realizada por la ONG Transparencia por Colombia y la Universidad de Externado en 2017, el 96 % de los empresarios encuestados percibió que en el país se ofrecen sobornos en el entorno de los negocios. Además, los 690 entrevistados por el estudio en ocho de las principales ciudades del país calcularon en 16,7 % el valor de un contrato de obra pública que se considera necesario como

soborno para ganar la licitación. Esta práctica atenta contra los principios de transparencia e idoneidad que buscan garantizar que los dineros públicos sean invertidos de forma eficiente para que cumplan con su propósito de cerrar las brechas a través de la inversión social. Lo anterior se agrava porque es una práctica naturalizada en las negociaciones locales: 64% de los empresarios encuestados estuvieron de acuerdo con la afirmación “si no se pagan sobornos, se pierden los negocios”.

ANÁLISIS

ANACRISTINA ARISTIZÁBAL
Periodista y docente de la
Universidad Pontificia Bolivariana

¿Por qué no
fracasó
Medellín?

Cuando a Medellín la mataba el narcoterrorismo de la década de 1990, al mismo tiempo estaba surgiendo desde su seno, desde las entrañas mismas de su gente, la resurrección. Mientras algunos preparaban atentados y armaban carros bomba; otros, de la misma edad y quizá vecinos de barrio, preparaban comparsas y armaban tarimas, convites culturales y torneos barriales de fútbol. Era otro enfrentamiento que se libraba en los barrios. Recuerdo la historia de la Corporación Cultural Nuestra Gente, con 32 años de funcionamiento. En sus inicios, los fundadores, muchachos de 18-20 años, pusieron una biblioteca al lado de una oficina de sicarios para que los jóvenes y los niños, por lo menos, tuvieran para escoger: o cruzar por la puerta de la muerte o cruzar por la puerta de la cultura y la vida. Desde entonces unas mil personas habrán pasado por la corporación. Mil salvados que se convirtieron,

además, en trabajadores, emprendedores, padres y madres de familia, empleados. Pero no fue la única. Como ella han sido decenas de entidades que, aunque algunas ya no estén, lograron sostener, desde la base, a Medellín. Y porque a su vez, a muchas de ellas les han ayudado desde algunos gobiernos locales y algunas empresas privadas. Solo que ni ellas ni su labor tuvieron ni tienen los reflectores mediáticos encima, porque estos se encienden en gavilla para danzar alrededor de la muerte. Que quede claro que Medellín no fracasó porque la vida anclada en la cultura, las comparsas, la música, el teatro, los convites, los títeres, los grupos parroquiales, los sancochos comunitarios y el fútbol barrial allá en la Medellín profunda, desahuciada y estigmatizada de las comunas, surgió y tuvo su mayor expresión en los mismos años en que la muerte quiso hacer fracasar a la ciudad.